

**Sr. Federico Henríquez Grateraux**  
**Premio Nacional de Literatura 2017**

**Palabras de agradecimiento**

Antes que nada, debo dar las gracias a los miembros del jurado que decidió concederme este año el Premio Nacional de Literatura; y especialmente, a la Fundación Corripio y al Ministerio de Cultura que lo otorgan, institucionalmente, desde hace 27 años. Debido a la generosidad de esas personas e instituciones me encuentro aquí, en este podio, dirigiéndole la palabra a todos ustedes. A mis queridos nietos suelo decirles: soy un viejo extremadamente viejo, pues nací en los comienzos de la Era de Trujillo. Fue esa una época dura para mucha gente, especialmente para aquellos que deseaban expresarse artísticamente o intentaban entender el desarrollo de nuestra sociedad. Mi primer libro estuvo dedicado a estudiar "mi sociedad", la sociedad dominicana: "*Notas para una teoría de la sociedad dominicana*" se publicó con el título de: "*Un ciclón en una botella*". Lo cual quiere decir, unos problemas demasiado grandes para meterlos dentro de las páginas de un breve libro. Me preguntaba: ¿por qué hemos tenido a Santana, Báez, Lilís y Trujillo? ¿Qué rasgos caracterizan a los dominicanos?

Aunque fue el primero en ser escrito, apareció después de "*La feria de las ideas*". En este segundo libro, el tema central fue el pensamiento y la poesía en lengua española. Me interesaban los pensadores españoles que no escribieron sus obras en latín, como Unamuno, Ortega, Julián Marías. Yo pretendía llegar a ser escritor en lengua española. Para eso necesitaba conocer los filósofos, novelistas y poetas más importantes de nuestro idioma. Primero, la sociedad en que nací; segundo, la lengua que hablo y en la que fui educado.

Luego de esos dos pasos de mi trabajo de escritor, tuve la suerte de conocer diversos países de América del Sur; países en proceso de organización política e institucional, en algunos aspectos parecidos a la República Dominicana. Entonces escribí "*Empollar huevos históricos*", libro que contiene: "*Ensayar un ensayo sobre el ensayo*, -mi visión personal del ensayo-, y otro ensayo, que presta su nombre al libro entero.

Años más tarde, visité varias naciones de Europa del Este que fueron "sacudidas" socialmente por la Guerra Fría que siguió al término de la Segunda Guerra Mundial. Viendo los odios que surgían entre mis amigos, por motivos ideológicos, y los atropellos políticos que caracterizaron aquellos tiempos, concebí la idea de escribir un libro que abarcara el mundo completo, no ya mi país, el ámbito de mi propia lengua o el de los países en desarrollo. Así se fue fraguando en mi cabeza "Ubres de novelastra", un experimento narrativo, hibridación de novela con ensayo e historia. Ese escrito, cuyo tema es la Guerra Fría, fue puesto en circulación en 2008, en el auditorio de la Fundación Corripio. Aspiraba a ser una "madrastra" de la novela tradicional con nuevas capacidades de amamantar artística y emocionalmente.

Estas cuatro fases son como hitos o estratos de mi producción literaria. No mencionaré otros libros para no extender demasiado esta ceremonia, salvo "*Disparatario*", un volumen compuesto, principalmente, por colaboraciones en los suplementos de periódicos extranjeros. Las colaboraciones periodísticas, semanales o diarias, son vistas por los lectores como simples "añadidos" automáticos de los periódicos. En verdad, constituyen una esclavitud laboral, sin la cual, lamentablemente, no puede haber buen periodismo, ni literatura de calidad. El entrenamiento profesional del escritor es el hábito de escribir continuamente.

Si algo he de decir a los jóvenes que aspiran a recorrer "el camino de la literatura", es que se trata de una "carrera inestable" erizada de dificultades; más bien una carrera de obstáculos. El escritor debe saber que su ámbito natural permanente será la soledad; y aceptar vivir rodeado de indiferencia ante una "actividad" que no es popular, que interesa a un grupo reducido de personas consideradas excéntricas. Esa indiferencia puede, en ocasiones, volverse un agresivo desdén, pues muchos de los temas eternos de la literatura son problemas controversiales o irritantes. He llegado a ser el académico más antiguo de la Academia Dominicana de la Lengua; fui escogido en 1980. Las muertes del doctor Joaquín Balaguer y del doctor Mariano Lebrón me llevaron a esa ingrata posición; soy el más antiguo, pero no el más viejo. Sin embargo, mi animosa "vejentud", me permite mencionar estos desagradables asuntos a los aspirantes a escritores. Yo he tenido suerte al recibir este premio y la medalla al mérito cultural del Ateneo Amantes de la Luz, de Santiago. Ser escritor no es una elección entre varias opciones sino una dolorosa compulsión vocacional. Felizmente, el trabajo del escritor contiene una "poesía implícita" que compensa todos los escollos.

Aprovecho la ocasión para referirme a mi actual columna periodística en el diario "Hoy", de lunes a sábado. En los últimos cinco años he "consumido" en "*A pleno pulmón*" bastante más de tres mil páginas de escritura. El periodismo es una forma lícita de ganarse la vida que han tenido muchos escritores. En este caso, puedo decir que "*A pleno pulmón*" ha sido, primariamente, un servicio público de carácter intelectual o cultural, como lo es mi programa de TV "*Sobre el tapete*", con treinta años en el aire. Concluyo, igual que San Jerónimo, afirmando: "*de las amargas semillas de la literatura he cosechado dulces frutos*". Y si Dios me concede buena salud, espero seguir produciendo libros, folletos, artículos, programas de TV.

Nada de esto hubiese podido hacer, por tantos años, sin el concurso permanente de mi familia, de mi mujer, hijos y nietos, de cuyo respaldo emocional, doméstico y práctico, he beneficiado siempre.

Muchas gracias.